

Extracto de un discurso dado en la Conferencia sobre el «Estado de la Unión» en Florencia 2018

«En Europa sabemos que hemos creado entre todos algo muy valioso y que merece la pena luchar por mantenerlo. Cuando los tiempos son malos siempre hay algunos que tiran la toalla, quizá porque nunca creyeron completamente en nuestra Unión. Nos da pena que se vayan, pero les abrimos cortésmente la puerta. Es una puerta que también está abierta a los que ponen en duda nuestros valores más fundamentales. La Unión Europea no es simplemente un club de comerciantes o un mercado, sin minusvalorar lo uno ni lo otro. Es un proyecto con una profunda base política y un horizonte utópico, un club en el que no se puede estar si no se respetan las reglas. Mejor pocos y unidos que muchos y mal avenidos.

El otro día hablando con mi hijo comentaba mi viaje a Florencia y las palabras que quería pronunciar sobre la solidaridad en la Unión Europea, él me dijo: “Papá, te olvidas de una cosa muy importante, para nosotros los jóvenes la Unión Europea es felicidad”.

Yo, al principio, no lo entendía y él me lo explicó: “Para nosotros Europa es viajar con Inter Rail a los 17 años y sentirte libre porque nadie te vigila ni te para, estás en Schengen. Es echarte la primera novia haciendo tu Erasmus en Florencia o en Varsovia. Sentir que la torre Eiffel es tan tuya como la Giralda o el *duomo* de Florencia, que eres parte de algo grande y bello. Vivir en una parte del mundo donde tu opinión cuenta tanto para la vida de la ciudad, como de tu país y de todo el continente. No tener miedo cuando ves a la policía, da igual que sea en Italia o en Finlandia; sabes que en Europa se respetan tus derechos. Nosotros somos felices aquí y sabemos apreciarlo, no somos tontos y sabemos que no es desgraciadamente una cosa común en el resto del mundo. Estamos dispuestos a trabajar para mantenerlo”.

Yo sé perfectamente que esa visión es un poco idílica pero también encierra mucha verdad. La vida no es toda un jardín de rosas, ni en Europa ni en ninguna parte, pero aquí hemos construido una sociedad de dimensiones humanas, una comunidad basada en la solidaridad y la democracia; es un logro que en medio de tantas lamentaciones populistas no debemos olvidar. Algunos de los que más se quejan deberían ir a nuestras fronteras, al este o al sur, para darse cuenta de lo extraordinario que es lo que aquí tenemos. Y no es por casualidad, no nos ha caído del cielo, tuvo un precio y lo va a seguir teniendo. Está basado en la solidaridad interna y en una solidaridad de segundo orden, la que existe entre los Estados que componen nuestra unión. No sobrevivirá a los egoísmos nacionales ni al sálvese quien pueda. Solo juntos podemos defendernos y, además, proyectar sobre el mundo los valores en los que creemos, los que nos hacen ser quiénes somos. Frente al nuevo autoritarismo, nosotros demostramos que las sociedades libres son, a fin de cuentas, más resistentes y eficaces. Que la protección y la solidaridad social no son en absoluto incompatibles con el éxito económico. Que la solidaridad, entre nosotros y con otros países y zonas del mundo, no es síntoma de debilidad.»